

trastornemos sus amorosos fines. «La paz y la fortaleza del alma, —dice el Kempis—consisten en ofrecernos de todo corazón á la divina voluntad, no buscando nuestro interés en lo poco, ni en lo mucho, ni en lo temporal, ni en lo eterno. De manera que, con rostro igual, demos gracias á Dios en las cosas prósperas y adversas, pesándolo todo con un mismo peso.» (Lib. III, cap. XXV.)

4.º *Amar verdaderamente á Dios*; he aquí el medio principal para adquirir la fortaleza cristiana; pues *el amor*, según leemos en el sagrado libro de los Cánticos (VIII, 6), *es fuerte como la muerte*, y jamás hay debilidad ni cobardía en el corazón amante. «Gran cosa es el amor, bien sobremanera grande—dice el Kempis.—Él solo hace ligero todo lo pesado, y lleva con igualdad todo lo desigual; pues lleva la carga sin carga, y hace dulce y sabroso todo lo amargo... No hay cosa más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más alto, nada más ancho, nada más alegre, nada más cumplido, ni mejor en el cielo ni en la tierra, porque el amor nació de Dios y no puede aquietarse con todo lo criado, sino con el mismo Dios.» (Lib. III, cap. V.)

Este es, amados míos, el medio mejor para ser y permanecer fuertes en la fe, y para gloriarnos en los padecimientos por Jesús, como en la Epístola de hoy nos exhorta San Pablo. Concluyo, pues, diciéndoos con el mismo Kempis: «El amor siempre vela, y durmiendo no duerme; fatigado, no se cansa; angustiado, no se angustia; espantado, no se espanta, sino que como viva llama y ardiente luz sube á lo alto y se remonta con seguridad... Cante yo, Dios mío, cánticos de amor, y desfallezca mi alma en tu alabanza. Amete yo más que á mí, y no me ame á mí sino por ti, y ame en ti á todos los que de verdad te aman, como manda la ley del amor, que emana de ti. Conviene al que ama abrazar de buena voluntad por el Amado todo lo duro y lo amargo, y no apartarse de Él por cosa contraria que le acaezca.» (Lib. III, cap. V.) Hagámoslo de esta manera, carísimos hermanos, y tendremos seguro el reino de los cielos, que á todosos deseo por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo XVI después de Pentecostés.

Sobre el crecimiento en las virtudes.

AMADOS hermanos míos: Nada más sublime ni más edificante para el corazón cristiano, que considerar á San Pablo prisionero en Roma por amor á Jesucristo, y postrado de rodillas ante la eterna Majestad de Dios, rogando con instancia que conserve firmes en la fe á los fieles de Éfeso. No es posible encarecer con palabras la tierna solicitud y cuidado que despliega por la salvación de ellos. Veamos como lo expresa en la Epístola de este día. Dice así:

«*Hermanos: Doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo... á fin de que, según las riquezas de su gloria, os dé que seáis robustecidos en virtud por su Espíritu en el hombre interior, para que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, y arraigados y cimentados en caridad, podáis comprender con todos los santos, la anchura, longitud y profundidad, y conocer también la caridad de Cristo, que sobrepuja todo entendimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y á Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas, más abundantemente que nosotros podemos decir y entender, según la virtud que obra en nosotros, sea dada la gloria en la Iglesia y en Jesucristo, por todas las edades y en todos los siglos. Amén.*» (Ephes., III, 14 al 21.)

Dos cosas, carísimos hermanos, habréis notado en las palabras del Apóstol, que acabo de expresar: una, que los cristianos, por justos que sean, están obligados á procurar ir creciendo siempre en virtud; otra, que para ello deben emplear ciertos medios que la Religión propone. Dos, por consiguiente, serán los puntos de la instrucción de hoy; á saber:

- 1.º Los motivos que nos impulsan á crecer en perfección.
- 2.º Los medios que para ello hemos de emplear.

PUNTO 1.º

MOTIVOS PARA CRECER EN SANTIDAD

Ante todo, hermanos míos carísimos, contemplemos al glorioso San Pablo en su prisión, como olvidándose de sí propio para ocuparse únicamente en las necesidades de sus hermanos, porque no desfallezcan en la fe. «Doblo la rodilla—les dice—ante Dios nuestro Señor, rogándole que seáis robustecidos en virtud por su Espíritu en el hombre interior.» (Vers. 14 y 15.)

Detengámonos aquí, y prescindiendo del ejemplo sublime de caridad que nos da al pensar en el bien de sus semejantes, con preferencia al alivio de sus cadenas, contemplémosle humilde y reverente ante Dios Padre, y que le dice de esta ó parecida manera: «Padre celestial, Padre de mi Señor Jesucristo, Padre de quien toda paternidad procede en los cielos y en la tierra, Padre de los ángeles y de los hombres, que constituimos como una sola familia vuestra, Padre principalmente de los cristianos, á quienes amáis como á las niñas de vuestros ojos..., yo os ruego, Padre, que les enviéis vuestro Santo Espíritu, para que infunda sobre ellos las riquezas de sus dones, y queden fortalecidos en el hombre interior; esto es, en su mente, en su espíritu, en su corazón y en su voluntad, para que nunca jamás se debiliten en la fe que han recibido, por tu divina misericordia, y robustecidos vivan en santidad y perfección (1). Esto os ruego, Padre.»

Ved aquí, pues, lo primero que dice San Pablo en nuestra Epístola, para que los fieles de Éfeso, y todos los cristianos, procuremos crecer en las virtudes sobrenaturales de Nuestro Señor Jesucristo. No es este un mero consejo que podamos impunemente dejar de cumplir, sino un mandato riguroso expresado con toda claridad en las sagradas Escrituras.

«Sed perfectos—dijo Jesucristo á los Apóstoles—como perfecto es vuestro Padre celestial (2).» Sed perfectos—repite San Pablo, dirigiéndose á los fieles de Corinto (3). Y para que nadie dude que la perfección progresiva consiste en imitar á Jesucristo, en hacer vivir á Jesucristo en nosotros, en no vivir más que de Jesucristo.

(1) La perfección en su grado ínfimo consiste en la observancia de los diez Mandamientos.

(2) Estote perfecti, sicut Pater vester coelestis perfectus est. (Matth., V, 48.)

(3) Perfecti estote... (II Corint., XIII, 11.)

y por Jesucristo, procurando crecer siempre en santidad, por eso también está escrito en las divinas letras: «El que es justo que se justifique más, y el que es santo que más y más se santifique... Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres... y el que dice que está en Jesucristo, debe andar como El andubo (1).» He aquí por qué nuestro gran Apóstol, que deseaba ser perfecto y que lo fueran todos los cristianos, dijo de sí mismo: «Vivo yo, pero no soy yo quien vivo, es Jesucristo quien vive en mí.»

No es, pues, maravilla que el Santo, inflamado en caridad para con los fieles de Éfeso, se postrara en sus prisiones ante la suprema Majestad de Dios, y le dijera: «Señor, yo os ruego que sean robustecidos en virtud, por vuestro Santo Espíritu, en el hombre interior.» O lo que es lo mismo: «Señor, os suplico humildemente que estos fieles amadísimos vayan siempre creciendo en virtudes, por la gracia del Espíritu Santo, según el hombre interior.»

Mas la caridad del Apóstol no se detiene aquí; pues si ruega y desea que los cristianos sean fortalecidos cada vez más por la acción misteriosa é inefable del Espíritu Santo, es, como dice en nuestra Epístola, «para que Cristo habite por la fe en sus corazones». (*Christum habitare per fidem in cordibus vestris.*—Verso 17.)

¡Qué caridad! Nótese bien lo que esto significa. Habitar Cristo en nuestros corazones, quiere decir, no sólo que Jesucristo, y juntamente con El, el Padre y el Espíritu Santo, están en nosotros cuando estamos en gracia de Dios, ó sea sin pecado mortal; sino que Dios Uno y Trino mora de asiento en nuestro pecho, por modo permanente, como en su templo, sin cesar de obrar dentro de nosotros las maravillas de su amor; esto es, impulsándonos á ir siempre creciendo en virtudes, y á cooperar á sus gracias, y á corresponder fielmente á los eternos é inefables designios de su dilección.

¡Qué felicidad la de un cristiano en cuyo corazón habita Cristo por la fe! Por la fe, como raíz y fundamento de las obras sobrenaturales y meritorias; por la fe, que da impulso á la esperanza y nos hace andar en caridad; por la fe, no muerta, sino viva, informada por la caridad divina, y acompañada de las buenas obras, merecedoras del cielo.

Esto y nada menos es lo que, según nuestra Epístola, desea el Apóstol para los fieles de Éfeso; esto es lo que con tanta insistencia

(1) Qui justus est, justificetur adhuc; et sanctus sanctificetur adhuc. (Apocal., XXII, 11.)—Jesus proficiebat sapientia, et aetate, et gratia apud Deum et homines. (Luc., II, 52.) Qui dicit se in ipso manere, debet, sicut ille ambulavit, et ipse ambulare. (I Joann., II, 6.)

y encarecimiento ruega al Eterno Padre por los merecimientos de su divino y eterno Hijo; y esto es también, amados míos, lo que yo ruego y deseo para vosotros con todo mi corazón. Quiero que seáis buenos y perfectos cristianos; deseo veros crecer en virtudes, sin decir jamás: *Basta*; ruego á Dios nuestro Señor que os haga santos, como Santo es nuestro Padre celestial. Y, haciéndome eco de las palabras que á continuación añade el Apóstol, aún deseo más para vosotros, á saber: «*Que seáis arraigados y fundados en caridad, para que podáis comprender, con todos los Santos, la anchura, longitud y profundidad (de Cristo).*»—Vers. 17 y 18.

¡Qué palabras! ¡Cuán significativo se muestra en ellas San Pablo! ¡Quiere que los cristianos nos halleemos *fundados y radicados en la caridad.* (*In charitate radicati et fundati.*) Quiere que el amor de Dios sobre todas las cosas sea el *fundamento* inalterable en el cual esté apoyado el edificio de nuestra salvación; quiere que estemos no sólo fundados, sino *arraigados* en la dilección sagrada, de tal suerte que la caridad de nuestros corazones sea como una raíz viva que dé siempre nuevo crecimiento al árbol de nuestra santificación; quiere que este crecimiento, á lo menos en el deseo, sea como de esencia á la vida cristiana, puesto que el no tratar de crecer en ella, es disminuirla, es exponernos á perderla por completo. Y quiere esto con tanta vehemencia, que lo repite y encarece con todo el fervor de su espíritu en la mayor parte de sus cartas.

«*Hermanos — escribe á los Tesalonicenses — os suplicamos y exhortamos en Cristo nuestro Señor, que pues habéis aprendido de nosotros cómo debéis marchar por los caminos de Dios para agradecerle, andéis por ellos de tal suerte que vayáis siempre creciendo. (Sic et ambuletis ut abundetis magis. — Cap. IV, 1.)*

«*Dios me es testigo — añade á los Filipenses — de la ternura con que os amo á todos, y le ruego que vuestra caridad vaya creciendo sin cesar en luz y en toda inteligencia.*» (*In scientia, et in omni sensu.*) «*En cuanto á mí — les dice — no juzgo haber alcanzado la perfección, pero si olvidando lo que queda atrás, procuro caminar hacia adelante; y todos los que hacemos profesión de cristianos debemos vivir en estos sentimientos.*» (*Hoc sentiamus.* Filip., III, 12 á 15.)

Debemos vivir procurando crecer en virtudes, notadlo bien; porque es axioma en la vida del espíritu, que el no tratar de subir, es bajar; y como dijo expresamente San Bernardo: «Si dejáis de adelantar, retrocedéis; si cesáis de combatir, sois vencidos, y si pretendéis manteneros firmes, estando ociosos, quedáis derribados; porque no es uno perfectamente bueno, cuando no quiere ser me-

jor, y tan luego como uno comienza á no querer ser mejor, deja de ser bueno (1).»

Tal es, en resumen, la mente del Apóstol, en las palabras citadas, y todo, como él dice, «*para que podamos comprender con todos los santos, la anchura, longitud y profundidad*»..... (Vers. 18.) Esto es; para que por la fe y la inteligencia podamos comprender, cuánto en esta vida es posible al hombre espiritual, santo y perfecto, cuáles son las dimensiones de la bondad divina en el misterio de la redención del hombre y de la vocación de los gentiles (2); y también *conocer y estimar en lo que vale la caridad que Cristo nos manifestó en este misterio, aun en lo que excede á la humana inteligencia, para que sedís llenos de toda la plenitud de Dios.*» (Vers. 19.)

Lo cual, carísimos hermanos, es como si el Apóstol dijera: «Ruego á Dios, ¡oh fieles cristianos! que os dé á conocer sobrenaturalmente la infinita caridad que Cristo nos manifestó ofreciéndose á sí mismo, en presencia de Dios Padre, como víctima por nuestros pecados; y además deseo para vosotros, que vayáis siempre creciendo en todos los dones de Dios; á saber: en toda ciencia divina, en toda perfección y santidad; para que de esta manera seáis firmes y constantes en la fe, y nunca jamás desfallezcáis en el espíritu.»

Ahora, amados míos, después de esta doctrina bellísima del Apóstol, sólo me resta indicaros los que os propuse en segundo lugar; á saber:

PUNTO 2.º

ALGUNOS MEDIOS PARA CRECER EN PERFECCIÓN

No es mi ánimo enumerar aquí los muchos y poderosos medios que señalan los maestros de espíritu para ir siempre creciendo en perfección y santidad, pues esto requiere no una plática, sino muchos sermones y muchos libros. Sólo indicaré dos medios tomados de la Epístola de este día, que son *el conocimiento de Dios y la oración de ruegos.*

Conocer á Dios es lo primero y lo absolutamente indispensable, pues consistiendo la perfección del hombre en imitar á Dios, ó lo que es lo mismo, en imitar á Jesucristo, su único y divino Hijo, y en amarle con todas las veras del corazón, es evidente que quien no le conoce no le ama, y quien no le ama no puede ser perfecto.

(1) Ubi incipis nolle fieri melior, ibi etiam desinis esse bonus. (S. Bern., Epist. 9.)

(2) Así el P. Bernardino Piconio, en su *Triplex expositio*.

Por eso el Apóstol dijo á los fieles de Éfeso: «*Sed imitadores de Dios, como hijos suyos queridísimos, y andad en caridad, así como Cristo también nos amó* (1).» El hombre, pues, que conozca á Dios (al modo que á la criatura es posible), y le imite, y ande, es decir, crezca en caridad, á semejanza de Cristo, ese es un hombre perfecto, y como dice hoy nuestra Epístola, *está lleno de la plenitud de Dios.* (Verso 19.)

Pues ved aquí sencillamente lo que San Pablo pide para los fieles de Éfeso, diciéndoles: *Doblo mis rodillas ante el Padre celestial y le pido que haga habitar en vuestros corazones á Jesucristo, para que arraigados y cimentados en la caridad, podáis comprender las dimensiones de su amor hacia vosotros; y así con este pleno y perfecto conocimiento, seáis repletos de su amor y de la plenitud de todos sus inefables y divinos dones.* (Ut impleamini in omnem plenitudinem Dei.—Verso 19.)

¿Para qué pide el Apóstol que los cristianos tengan conocimiento de Dios y de sus divinas perfecciones?—Para que le amen; para que fundados y arraigados en la caridad, crezcan en amor á Jesucristo, y sean llenos de la santidad misma de Dios, tanto cuanto ellos sean capaces de recibirla.

Este es el primer medio para ser santos, y el segundo es la oración, de la cual, como acabo de indicaros, nos dió San Pablo bellísimo ejemplo por aquellas palabras: *Doblo mis rodillas delante del Señor, y le ruego...* Que fué como decir á los cristianos: «Ruego á Dios Padre Omnipotente, que por la virtud de su gracia obra en nosotros, haciéndonos conocer y amar el bien y determinar á nuestra voluntad para que lo realice, que os dé gracia de fortaleza en vuestros corazones y vayáis creciendo siempre en santidad, porque *El puede darnos dones mucho mayores que lo que nosotros podemos pedir y entender.* (Verso 20.)

Verdaderamente, amados míos, así es: la oración es de todo punto necesaria para fortalecer el ánimo, para que no desfallezca en las tentaciones, para ir creciendo siempre en virtudes, para que Cristo habite por la fe en nuestros corazones, para cimentarnos y arraigarnos en la caridad, y para poder comprender la anchura, la longitud y la profundidad de las bondades de Dios para con nosotros, y también la infinita caridad con que nos ama nuestro Señor Jesucristo; que por algo dijo el Apóstol: «*Hermanos; no somos sufi-*

(1) Estote imitatores Dei, sicut filii carissimi; et ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos. (Ephes., V, 1-2.)

cientos de nosotros mismos para pensar algo, como de nosotros: nuestra suficiencia viene de Dios (1).» Alabado sea por siempre jamás Cristo nuestro bien.

Por último, pone San Pablo digno remate á la hermosa Epístola de hoy, diciendo: «*A Dios sea la gloria en la Iglesia y en Jesucristo por todas las edades del siglo de los siglos. Amén.*» Esto es: A Dios nuestro Señor, que tantos y tan singulares beneficios nos ha concedido por su Hijo Unigénito Jesucristo, sea dada gloria eterna en su Iglesia, la cual, extendida por todo el orbe, ha de durar hasta el fin de los siglos, para que Jesucristo, su divina Cabeza y mediador nuestro, sea glorificado en todo el universo; pues por Cristo, en Cristo y con Cristo ejercitamos todos los oficios de piedad, y también por El, en El y con El alabamos á Dios Padre y le damos gracias continuamente. *Cristo es todo en todas las cosas.* (Omnia in omnibus Christus.)

Concluyo, carísimos hermanos, exhortándoos con San Pablo á la continua perfección de vuestro espíritu. Entra en la idea de la perfección el considerarnos siempre imperfectos, siempre flacos, siempre necesitados de la gracia divina, siempre ansiosos de mayor santidad, siempre combatiendo contra nuestras pasiones rebeldes. Empuñemos valerosos las armas de la luz, y digamos con San Pablo, el más admirable de los combatientes: *He peleado buena batalla, he terminado mi carrera, he guardado la fe. Por lo demás, espero la corona de justicia que el Señor, justo Juez, me dará en aquel día, y no sólo á mí, sino también á aquellos que aman su venida.* (II Timot., IV, 7-8.)

Así, pues, la vida es corta, el combate breve, la victoria segura y el premio eterno. El Señor, por su misericordia, nos conceda á todos la gloria. Amén.

(1) Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est. (II Corint., III, 5.)